

# *El enquiridión sensorial cortesiano: el Nuevo Mundo en las Crónicas de Indias*

ELENA PELLÚS

## LA PROFETIZACIÓN DEL NUEVO MUNDO

Y dijo Séneca:

uenient annis saecula seris  
quibus oceanus, uincola rerum  
laxet et ingens pateat tellus  
Tethysque nouos detegat orbes  
nec sit terris ultima Thule...

[vendrán con los años tardíos siglos  
en los que el océano los vínculos de las cosas  
agrande y enorme se muestre el mundo  
y Tifis delegue nuevos orbes  
y no sea Tyle la última de las tierras...]<sup>1</sup>

## EL CUMPLIMIENTO DEL VATICINIO

Año 1504. Isla de La Española. Hace veinte años que el genovés Cristóbal Colón pisó las tierras de un Nuevo Mundo. Desde entonces, un asentamiento de españoles ocupa ésta y otras islas cercanas. Es el día después de Viernes Santo. Desde la orilla, a lo lejos, se divisan cinco barcos. Hace muchos días que bajo el mando del español Alonso Quintero zarparon desde la isla de la Gomera, en el archipiélago canario, al otro lado del océano. Las naves están cargadas de mercancías, pero hace días que no tienen comida ni agua: toda la tripulación está desfallecida y hambrienta. Algunas horas después, las naves atracan en el Cabo de Samaná. Un joven de diecinueve años va en uno de esos barcos. Se llama Fernando Cortés y es natural de Medellín. El gobernador de La Española, don Nicolás de Ovando, comendador de la ciudad de Lares, conoce a ese joven desde hace algunos años, seguramente a través de la milicia de Alcántara, a la que su padre, don Martín Cortés de Monroy, ha pertenecido años atrás. El secretario del gobernador va a buscar a Cortés, y lo recibe en su casa.

---

<sup>1</sup> L. Annaei Senecae, *Tragoediae*, ed. O. Zwierlein, 1987, vv. 375-379. La traducción es nuestra.

Es Fernando, hijo de Martín, un joven ambicioso y no quiere quedarse en la isla, sino ir en busca de oro, pero Nicolás de Ovando lo induce para que se registre como ciudadano, obligándole a permanecer allí durante cinco años. En este tiempo, Fernando Cortés se asienta en la isla, ocupa una casa en la villa de Azúa, colabora en las actividades administrativas de La Española, tiene algunos terrenos y esclavos a su cargo, y participa en varias batallas contra los indios que se rebelan en algunas poblaciones.

Año 1511. Don Diego Colón, que sustituye a Nicolás de Ovando en el cargo de gobernador de las Indias, prepara una expedición para someter la isla de Cuba. Nombra jefe de la empresa a don Diego Velázquez, teniente de gobernador de La Española, y éste nombra a Cortés oficial del tesorero Miguel de Pasamonte, para que se encargue de las cuentas de dicha expedición. Para entonces, el joven Fernando se ha convertido en uno de los principales entre los españoles, y destaca en la milicia. Poco después es nombrado alcalde de Santiago de Barucoa y se casa con Catalina Juárez, hermana de Juan Juárez, cuñado de Velázquez.

Año 1519. Diego Velázquez no lo sabe, pero diez carabelas sueltan amarras en el puerto de La Habana. Llevan bastimentos para más de cuatrocientos soldados. Van rumbo al oeste, se dirigen a tierra firme, en busca de oro. Al mando de la expedición, está ese joven extremeño al que todos conocen ya como Hernán Cortés.

Y las grandes montañas llegarán, moviéndose por la mar, hasta las costas de Yucatán. Y en el imperio azteca se oirá decir: “El dios Quetzalcóatl ha vuelto”. Y los indios besarán las proas de los barcos<sup>2</sup>.

## LOS CONQUISTADORES

En la historia quedará para siempre el nombre de Cristóbal Colón como primer descubridor del Nuevo Mundo. Los conquistadores serán, después, los primeros en explorar la tierra y dominar sus gentes. Conquistar, de *conquirere*, que significa “buscar, recoger por doquiera”.

Los españoles que llegan al Nuevo Mundo ignoran qué misterio les aguarda en esa tierra. Son hombres, soldados, son hijos de la Europa del renacimiento y del descubrimiento, y serán ahora, en la otra orilla del mundo, los hijos del mito de la serpiente emplumada. El entorno que les rodea resulta sobrecogedor en todos sus sentidos: el paisaje que ven les abruma, las costumbres de sus gentes son extrañas, la lengua suena ajena en sus oídos, los olores les conmueven, los sabores les sorprenden. Pero no sólo por desconocida la nueva realidad se impone ante ellos: la tierra indígena esconde sus misterios. Las viejas imágenes se transforman con la mirada de otros hombres, y las leyendas que brotaban de la raíz azteca se enredarán con el mito de los antepasados griegos, y de la unión de dos naturalezas distintas germinará inconsciente una palabra nueva. Será sobre esta imagen, heredera del sincretismo, donde se sustentará la sociedad mestiza del Nuevo

---

<sup>2</sup> El texto original dice así: “Grandes montañas han llegado, moviéndose por la mar, hasta las costas de Yucatán. El dios Quetzalcóatl ha vuelto. Los indios besarán las proas de los barcos”. E. Galeano, *Memorias del fuego, I Los nacimientos*, Madrid, Siglo Veintiuno, 2002, pág. 77.

Mundo, en el espacio del nepantlismo. Fernando Benítez en *La ruta de Hernán Cortés* dice: “Con el pasado indígena, las tradiciones españolas y los hermosos cuentos de esperanzada dicha, se ha creado la utopía americana. Y aquí estamos, reclamando nuestro derecho a que esa utopía se logre de manera más firme. Ni Platón, ni los cuentistas medievales, ni los conquistadores ni descubridores del siglo XVI presintieron nunca lo que iba a suponer este Nuevo Mundo que de pronto se interrumpió, alterando el antiguo orden que reinaba en la Tierra”<sup>3</sup>.

## LA RECUPERACIÓN DEL PASADO EN LAS CRÓNICAS DE INDIAS

La historia transforma los hechos y los proyecta hasta nosotros a través de los textos. La palabra impresa perdura y permanece intacta en el tiempo, y siglos después es rescatada por otras manos que la dotan de un nuevo sentido.

La memoria de la conquista se basa principalmente en la producción cronística generada durante la segunda mitad del XVI y la primera mitad del XVII. La pluma inquieta de los cronistas dejó escrita la historia desde una y otra orilla del Atlántico. Hoy en día, esos relatos constituyen una vía fundamental de recuperación del pasado, porque gracias a ellos sabemos cómo fue el proceso de conquista del Nuevo Mundo y quiénes fueron sus protagonistas. En ese enmarañado paisaje textual es donde descansa precisamente la génesis del discurso americano.

La cronística de indias, entendida como el amplio y variado conjunto de textos generados a partir del descubrimiento o, más exactamente, a partir de la llegada de los españoles a la Nueva España, surge de la necesidad de asentar la memoria colectiva. Con la pretensión de demostrar y valorar las hazañas, difunden el conocimiento y colaboran al asentamiento de la empresa conquistadora a través de esa doble vía. Las motivaciones que mueven a los cronistas a escribir en un primer momento obedecen a un propósito de explicación de lo inesperado, de propagar las hazañas de la conquista, de describir la nueva realidad y, como decimos, de guardar constancia histórica.

En palabras de Maravall: “los verdaderos renacentistas fueron los navegantes, exploradores y conquistadores, que crearon una nueva sociedad”<sup>4</sup>. La cronística de indias constituye en su conjunto la suma de múltiples y muy variadas subjetividades, y refleja, por otra parte, un doble plano perceptivo: el plano de lo consciente, que obedece al propósito del autor para su historia, y un plano sensible inconsciente, que es lo que se filtra en el papel sin que el cronista se percate.

Para entender las crónicas de indias sin duda hay que tener en cuenta su doble dimensión literaria e historiográfica, que no solamente las define, sino que funciona como

---

<sup>3</sup> F. Benítez, *La ruta de Hernán Cortés*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1956, pág. 24.

<sup>4</sup> J. A. Maravall, “La diversificación de modelos de Renacimiento: el Renacimiento español y el Renacimiento francés”, en *Estudios de la historia del pensamiento español, La época del Renacimiento*, Madrid, Ed. Cultura Hispánica, 1984, vol. II. Sobre el proceso de configuración teórica e identificadora de América, *vid.* E. O’Gorman, *La invención de América*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993. Sobre las crónicas citadas, *vid.* F. de Alva Ixtlilxochitl, *Historia de la nación chichimeca*, Madrid, Dastin, 2000; J. G. de Sepúlveda, *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1996; A. Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios*, Barcelona, Alianza, 2001; B. de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Madrid, Cambio 16, 1992.

mecanismo de revelación de las ideas y convenciones retóricas de la época<sup>5</sup>. En los textos de indias se produce además una permanente interacción del doble plano de realidad y ficción, motivada por la acusada participación del cronista en sus textos. La obligada identificación de un narrador que cuenta, si no unos hechos vividos como sucede en la mayoría de los casos sí muy cercanos a su experiencia, provoca la intervención del autor en el relato para posicionarse a favor o en contra de lo que se cuenta, o introduciendo de manera inconsciente el plano ficcional en la crónica histórica. De esta forma, los dos planos que encontramos en las crónicas, consciente e inconsciente, interactúan en una doble dirección.

La mayoría de los cronistas de indias transmitirán la herencia de la óptica renacentista. Salvo algunas excepciones que aparecerán unos años más tarde, como es el caso de Fernando de Alva Ixtlilxochitl, la óptica ofrecida será la europea, ya sea como exaltación del providencialismo castellano, o para poner en evidencia la actitud impositiva de los españoles, como sucede con Bartolomé de Las Casas.

Entre los denominadores comunes de la historiografía indiana encontramos, además de estas características, la interrupción del relato por parte del cronista para explicar los hechos que suceden o para dar su opinión sobre los mismos. La actitud mediadora de quien escribe le remite a menudo a sus esquemas ideológicos, sociales, históricos y culturales, referentes que necesita para explicar una realidad desconocida e impactante. Así, por ejemplo, Hernán Cortés llama “mezquitas” a las construcciones aztecas dedicadas a las prácticas religiosas, comparándolas por su semejanza con las construcciones árabes que le eran familiares. Resulta significativo que el número de ocasiones en las que se menciona la palabra “mezquita” disminuye conforme avanza la escritura de las cartas cortesianas. En la primera relación el término se menciona en tres ocasiones; en la segunda relación, cuando entran en contacto con la civilización azteca y se consigue la conquista de Tenochtitlan, el número aumenta a seis; en la tercera carta la palabra aparece otras tres veces, y no se vuelve a mencionar en las cartas cuarta y quinta. El progresivo descenso en el uso de la palabra es debido no sólo al carácter mucho más descriptivo de las dos primeras relaciones en comparación con las restantes, sino también se debe, y como es lógico, a la creciente familiaridad con el entorno y el conocimiento cada vez mayor de la lengua indígena por parte del conquistador<sup>6</sup>.

Para la denominación de lo nuevo, los cronistas que intervinieron personalmente en la conquista recurren, sobre todo al principio, a referentes propios, identificadores de la óptica europea. En algunas ocasiones el empleo de términos conocidos para nombrar la realidad americana provocará la confusión entre los referentes, entorpeciendo la comprensión del nuevo contexto. El absoluto desconocimiento de la realidad circundante dará lugar a veces a un mayor desconocimiento de la misma, agrandando aun más el abismo comunicativo de ambas culturas. En los textos vemos cómo la aproximación a lo desconocido conlleva una inevitable deformación de la imagen transmitida. Ésta será más sor-

5 S. Valcárcel Martínez, *Las crónicas de indias como expresión y configuración de la mentalidad renacentista*, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1997, págs. 12-24.

6 H. Cortés, *Cartas de relación*, Madrid, Castalia, 1993, 1ª relación, págs. 142, 143, 144, 2ª relación, págs. 263, 269, 274, 275, 303 y 337, 3ª relación, págs. 551, 559, 599.

prendente, más maravillosa, o más mitológica, dependiendo de los casos, pero siempre estará condicionada por la mirada del cronista. Esta circunstancia ineludible, comprensible por otro lado, tendrá sus implicaciones en el entendimiento general de la cultura indígena y su pensamiento, hasta el punto de que la interacción entre los dos espacios entrañará a posteriori una deformación en el proceso de reconstrucción de la identidad americana<sup>7</sup>.

Otras veces las intervenciones en el texto se remiten al acervo cultural propio y se quedan en el plano literario. El cronista recurre a espacios comunes para explicar una situación o un estado de ánimo. Es conocido el pasaje con que describe Bernal Díaz del Castillo su admiración ante la ciudad de Mexico-Tenochtitlan cuando él, junto con los otros soldados la contemplan desde lo alto del camino hacia Estapalapa: “nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que vían, si era entre sueños, y no es de maravillarse que yo escriba aquí desta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aun soñadas, como víamos”<sup>8</sup>.

Menos conocidas, si bien igualmente descriptivas, son otras referencias que hace el cronista a las tierras castellanas, como por ejemplo, cuando estando en Cholula, Bernal Díaz comenta: “hacen en ella muy buena loza de barro colorado y prieto e blanco de diversas pinturas, e se abastece de ella Méjico y todas las provincias comarcanas, digamos agora como en Castilla de Talavera o Plasencia [...] Acuérdomme, cuando en aquella ciudad entramos, que desde vimos tan altas torres y blanquear, nos pareció al propio Valladolid”<sup>9</sup>.

Encontramos también, aunque menos frecuentemente, milagrosas presencias que en mitad de un combate aparecen y desaparecen misteriosamente, y que en escasos minutos derrotan a buena parte de los indígenas. En *La conquista de Tenochtitlan*, crónica escrita por un clérigo, un soldado y dos capitanes que participaron en la conquista, se cuenta el milagro sucedido en la batalla de Centla, cuando las tropas de Cortés se encontraban en un gran peligro: “Apareció por la retaguardia de ellos un hombre en un caballo rucio picado, y los indios comenzaron a huir y a nos dejar algún tanto por el daño que aquel jinete en ellos hacía; y nosotros, creyendo que fuese el marqués, arremetimos y matamos algunos de los enemigos, y el del caballo no apareció más por entonces”<sup>10</sup>.

7 Sobre la influencia española en la denominación de la nueva realidad, *vid.* L. Irving, *Los libros del conquistador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959. También interesa el artículo de F. Vicente Castro, “Hernán Cortés y su influencia en la fijación de los caracteres latinos en el nuevo mundo”, en *Hernán Cortés y su tiempo: V Centenario (1485-1984)*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1987, págs. 809-815. Sobre el conocimiento de Cortés de los descubrimientos contemporáneos a su época, M. León-Portilla, *Hernán Cortés y la mar del sur*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica e Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985, del que extrajo el artículo publicado en *Hernán Cortés y su tiempo*, ed. cit., págs. 632-639.

8 B. Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, Barcelona, Plaza y Janés, 1998, pág. 179.

9 B. Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista*, ed. cit., págs. 169-170.

10 J. Díaz A. Tapia, B. Vázquez, F. Aguilar, *La conquista de Tenochtitlan*, Madrid, Historia 16, 1988, pág. 10.

La intertextualidad es también un rasgo acusado en las crónicas. La interacción de unos textos con otros se hace de diferentes maneras: copiando directamente fragmentos completos, haciendo una referencia al cronista, o en defensa de la versión propia frente a las demás. Por citar un caso significativo, en la *Crónica de la Nueva España*, su autor, Francisco Cervantes de Salazar, que menciona, contradice y refuta a Francisco López de Gómara, parece que también lo copia, a pesar de que Gómara no había pisado nunca las tierras que describe, y Salazar sí, pues algunos fragmentos parecen haber sido calcados directamente del texto de Gómara; eso sí, ampliados y adaptados al estilo del cronista. Lo curioso del hecho es que López de Gómara, a su vez, había tomado algunos datos de la *Historia natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo para su *Historia general de las Indias*. Sin duda, algunas partes son constantemente trasladadas de una crónica a otra, sin ser revisadas por ningún autor. Para el investigador actual, la intertextualidad, si bien dificulta la confrontación de los datos y difumina la veracidad del hecho histórico, es representativa sin embargo de las técnicas historiográficas utilizadas en la época, y además nos revela la credulidad y fascinación que los relatos que circulaban sobre las nuevas Indias provocaban en los cronistas. Gonzalo Fernández de Oviedo, como el Heródoto del Nuevo Mundo, toma nota de los animales que reconoce y escribe en 1522 el *Bestiario de indias* para el emperador Carlos V. Bernal Díaz del Castillo, entusiasmado ante el paisaje mexicano, insiste en la belleza del nuevo espacio: “Digo otra vez que lo estuve mirando que no creí que en el mundo hobiese otras tierras descubiertas como éstas”<sup>11</sup>.

## EL ENQUIRIDION CORTESIANO

Dentro del escenario del Nuevo Mundo encontramos al hombre. Con el hombre, aparece el conquistador. Desde la destrucción de la capital azteca, Hernán Cortés se proyecta como principal responsable de la conquista de la Nueva España, y desde entonces, recaen sobre él la culpa y el mérito de la caída de un imperio y de la construcción de una nueva sociedad fundada en el mestizaje.

En la apertura del territorio inexplorado, Hernán Cortés protagoniza la experiencia de los sentidos. De manera simbólica, como se entendía entonces el significado de las cosas, hemos querido agrupar las percepciones que el soldado extremeño recoge del exterior en lo que llamamos aquí el “enquiridion sensorial cortesiano”. De la misma forma que la espada medieval representaba los valores del caballero en sus diferentes partes el mango simbolizaba la cordura, la manzana la fortaleza, el arrias la medida, y hierro la justicia la mano dominadora de Cortés representa el equilibrio sensorial del conquistador: vista, oído, gusto, olfato y tacto, se resumen en la imagen cortesiana, al servicio de un único objetivo: dominar al otro.

*La mirada.* Conforme avanza por las tierras de Yucatán, Cortés contempla los paisajes, los animales, las plantas, los hombres, y se extraña ante lo que ve. Aunque lo vemos raras veces, en algunos párrafos de las cartas que escribe al emperador, el extremeño se deja llevar por los sentidos y describe, atónito, la belleza que le rodea: “La tierra adentro

---

<sup>11</sup> B. Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista*, ed. cit., págs. 179-180.

y fuera de dichos arenales es tierra muy llana y de muy hermosas vegas y riberas en ella, tales y tan hermosas que en toda España no pueden ser mejores así de aplacibles a la vista como de frutíferas de cosas”<sup>12</sup>. Cortés compara constantemente la fauna y la flora con el mundo de donde procede, y continúa diciendo: “Hay en esta tierra todo género de caza y animales y aves conforme a los de nuestra naturaleza, así como ciervos, corzos, gamos, lobos, zorros, perdices, palomas, tórtolas de dos y de tres maneras, codornices, liebres, conejos, por manera que en aves y animalias no hay diferencia desta tierra a España”<sup>13</sup>. Ni qué decir tiene que muchas de estas apreciaciones son erróneas<sup>14</sup>. Una vez asentado en la Nueva España, Cortés desarrolla una labor de organización muy importante para la construcción de la futura sociedad y se interesa, por ejemplo, por que las plantaciones agrícolas sean variadas y productivas: “he hecho saber a Vuestra Cesárea Majestad la necesidad que hay que a esta tierra se traigan plantas de todas suertes. Y por el aparejo que en esta tierra hay de todo género de agricultura y porque fasta agora ninguna cosa se ha proveído, torno a suplicar [que] mande inviar su provisión a la Casa de la Contratación de Sivilla”<sup>15</sup>.

Con respecto al indígena, Cortés sigue describiendo la presencia del otro a partir de los esquemas permanentes de definición, esto es, contrastándolo con sus referentes cercanos. De esta manera, el conquistador atiende a la vestimenta y a las costumbres de los indígenas a partir de las de los moriscos, y dice: “es una gente de mediana estatura de cuerpos y gestos bien proporcionada [...] Y los vestidos que traen es como de almazares muy pintados. Y los hombres traen tapadas sus vergüenzas y encima del cuerpo unas mantas muy delgadas y pintadas a manera de alquiceles moriscos”<sup>16</sup>.

Las costumbres indígenas que más llaman la atención a Cortés por la repugnancia que le causan son el canibalismo indígena y los sacrificios humanos. Dice Cortés que los indios abren los pechos de los soldados y les sacan el corazón para ofrecerlo a sus dioses, o ensartan las cabezas en señal de victoria, y afirma entonces que: “es la más cruda y más espantosa cosa de ver que jamás han visto”<sup>17</sup>. Ante los cuerpos de sus compañeros despedazados, los españoles se horrorizan: “Fue tanto el espanto y admiración que tomaron en verse tan de súbito así desabaratados que ni hablaron ni gritaron en toda esa tarde ni osaron asomar en calle ni en azotea donde no estuviesen muy a su salvo y seguros”<sup>18</sup>. En las *Cartas* aparece reiteradamente el tono despreciativo hacia esta práctica, ante la que se muestra absolutamente implacable. En la quinta relación leemos el castigo empleado con

12 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 139.

13 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 139.

14 Las múltiples confusiones de los ojos europeos ante el espacio del Nuevo Mundo serán trasladadas al plano teórico y causarán graves deformaciones interpretativas en las teorías del espacio americano y del indígena. A principios del siglo XVIII surgen desde Europa varias teorías sobre el mundo americano, construidas todas ellas sobre una base errónea, que parte de la valoración peyorativa de unos datos ciertos. Nos referimos a las tesis desarrolladas por Buffon, Raynal, De Pauw, o Marmontel. Para más información, vid. A. Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica: 1750-1900*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1982.

15 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 501.

16 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., págs. 141-142.

17 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 143.

18 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 411.

un indio al que había visto comiendo carne humana: “Y en presencia de aquel señor le hice quemar, dándole a entender al dicho señor la cabsa de aquella justicia, que era porque había muerto aquel indio y comido dél”<sup>19</sup>.

*El gusto.* El conquistador de la Nueva España parece despreocuparse, al menos en las *Cartas de relación*, de los sabores que ofrece la tierra indígena. No es de extrañar esta actitud en la relación sobre los hechos de la conquista, en los que la principal preocupación no era ya saborear el maíz, la yuca, el ají o el pescado, sino más bien llevarse a la boca algo comestible. Además, Cortés se caracteriza principalmente por ser un hombre práctico que no suele recrearse en su afán contemplativo, y los comentarios que aparecen en los textos en relación a los alimentos están siempre al servicio de su empresa: conquistar. De esta forma, leemos: “...estábamos todos con mucha necesidad de mantenimiento. Y al tercero día pidieron algunos españoles licencia al capitán para ir por las estancias de alderredor a buscar de comer. Y como el capitán viese que los indios no venían como habían quedado, envió cuatro capitanes con más de docientos hombres a buscar a la redonda del pueblo si hallarían algo de comer”<sup>20</sup>.

Como decimos, los comentarios sobre los alimentos de los aztecas están dirigidos a la misión conquistadora. En otros casos se limitan a la mera descripción: “La tierra es muy buena y muy abundosa de comida, ansí de maíz como de frutas, pescado y otras cosas que ellos comen”<sup>21</sup>, “los mantenimientos que tienen [son] el maíz y algunos ajes como los de las otras islas, y potuyuca [...] cómenla asada porque no hacen pan della. Y tienen sus pesquerías y cazas. Crían muchas gallinas como las de Tierra Firme que son tan grandes como pavos”<sup>22</sup>. Se admira Cortés, por ejemplo, de la cantidad de maíz que hay en la ciudad de Zaguatapan, y dice al llegar: “hallóse en él mucho maíz algo más granado que lo de atrás y yuca y agies y buenos pastos para los caballos”<sup>23</sup>.

*El oído.* El decorado sonoro de la conquista está repleto de tiros y disparos que provocan las armas de fuego de los españoles, y se mezclan con los gritos de guerra y de dolor desde uno y otro bando. El sonido de los tambores y atabales de las celebraciones indígenas que atemorizan a los españoles después de la batalla de Tacuba son tan ensordecedores que piensa el español que se hunde el mundo<sup>24</sup>: “y de lejos comenzaron a gritar como lo suelen hacer en la guerra, que cierto es cosa espantosa oírlos”<sup>25</sup>. Durante la noche que pasan en Calco, el ruido de los bailes nocturnos intimida a los soldados: “y así nos estuvimos aquella noche oyendo hacer a los enemigos mucho estruendo de atabales y bocinas y gritas”<sup>26</sup>. El sonido de los tambores resulta terrible, o esperanzador de acuerdo al mensaje que anuncia. En la ciudad de Tesuico, Cortés aguarda la llegada del ejército

---

19 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 547. La actitud de desprecio de Cortés y su tropa hacia los sacrificios humanos de los indígenas y la antropofagia estaba en absoluta sintonía con el pensamiento europeo de la época. Solamente encontramos un ensayo en defensa del canibalismo M. de Montaigne, *Ensayos*, Madrid, Cátedra, 2001, págs. 263-277.

20 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 129.

21 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 132.

22 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 142.

23 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 551.

24 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 400.

25 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 340.

26 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 351.

tlascalteca que acude para ayudarle. Durante tres días, escucha el sonido creciente de los tambores que se acercan: “que era cosa maravillosa de ver y así me parece que es de oír”<sup>27</sup>. Las tropas españolas, con la ayuda de los aliados contrarios a Moctezuma, se preparan para la lucha.

*El olfato.* En la ciudad de Guacachulla dice Cortés que “hay muchas huertas y frutas y olores a su costumbre”<sup>28</sup>. En Guastepeque, un poco más al interior del Yucatán “hay jardines muy frescos e infinitos árboles de diversas frutas y muchas yerbas y flores olorosas, que cierto es cosa de admiración ver la gentileza y grandeza de toda esta huerta”<sup>29</sup>. Mientras se acercan a la ciudad de Tenochtitlan, Cortés observa a los indígenas. Le llama la atención las costumbres de sus aliados, que colocan perfumes y sahumerios sobre las torres de sus ídolos después de una batalla victoriosa<sup>30</sup>. Tras el combate, una alfombra mortuoria se esparce por las calles de Tenochtitlan: “y porque ya era tarde y no podíamos sufrir el mal olor de los muertos que había de muchos días por aquellas calles, que era la cosa del mundo mas pestilencial, nos fuemos a nuestros reales”<sup>31</sup>.

*El tacto.* La incredulidad de Cortés se manifiesta desde la llegada a las nuevas indias. Hernán Cortés no cree sino lo que toca con los sentidos. Lo que no se muestra claramente no puede aseverarse: “y está tan blanco que lo juzgamos por nieve y aun los naturales de la tierra nos dicen que es nieve, mas porque no lo hemos bien visto (aunque hemos llegado cerca) y por ser esta región tan cálida no nos afirma[mo]s si es nieve”<sup>32</sup>. Por eso insiste en decirle al emperador que “querer decir a Vuestras Majestades todas las particularidades desta tierra y gente della podría ser que en algo se errase la relación, porque muchas dellas no se han visto más de por informaciones de los naturales de ella, y por esto no nos entremetemos a decir más de aquello que por muy cierto y verdadero Vuestras Reales Altezas podrán mandar tener dello”<sup>33</sup>.

Por esta razón, quizá, quemó Cortés las naves y se quedó en las tierras de Quetzalcoatl, porque, como había dicho tiempo atrás “en ninguna manera él se había de partir de aquella tierra hasta saber el secreto della...”.

27 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 338.

28 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 301.

29 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 353.

30 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 398.

31 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 423.

32 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 141.

33 H. Cortés, *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 146.